

Apostillas a la "Historia de la humanidad"

Preparada y editada bajo los auspicios de la Unesco por una Comisión Internacional que presidió el profesor Paulo E. de Berredo Carneiro

por *Alberto Tauro*

1.— En atención a las concepciones inspiradoras, y los alcances del programa al cual se ha sujetado su realización, la HISTORIA DE LA HUMANIDAD, auspiciada por la Unesco, puede ser sumariamente calificada como *excelente*. Porque prescinde de los conflictos más o menos fortuitos, que han dividido y ensangrentado la vida de los pueblos, y muestra las conquistas progresivas que hoy constituyen un patrimonio común de todos los hombres. Da cuenta del dilatado y continuo esfuerzo que han exigido los logros acumulados, confirmando así una fecunda proyección constructiva a la visión del pasado. Y a la vez que infunde cierta satisfacción, en cuanto expone el inventario del legado que hoy heredamos, implícitamente propone el compromiso de proseguir el ascenso cultural, en aras del entendimiento y el bienestar universales.

2.— Al margen de su carácter predominante, puede advertirse un acentuado *eurocentrismo* en las explicaciones genéticas de los hechos que registran la citada HISTORIA DE LA HUMANIDAD. Muy explicable, si se tiene en cuenta la innegable gravitación de las creaciones que en Europa han sido gestadas desde la época clásica, y el peso de la tradición que Europa ha forjado a través de su dominio sobre el mundo. Pero una lógica influencia de tal actitud se proyecta hacia la relativa subestimación de las realizaciones que en forma autónoma lograron los pueblos de América hasta el siglo XV; y a considerarlas, desde entonces, como imitación o eco provinciano de las corrientes culturales del Viejo Mundo. Si es notoria la originalidad de las antiguas culturas del continente, nos parece que la severa evaluación de sus alcances, suele ser afectada por el prejuicio que pesa sobre las culturas ágrafas; en cambio, la estimación de su modernidad debe ser objeto de un prudente análisis, porque ordinariamente se olvida que sus fuentes son las mismas que en Europa inspiraron los vuelos del espíritu y, además de coincidir en el tiempo, revelan incitaciones emergidas de la tradición y la sociedad propias. El eurocentrismo debe ser sometido a debate.

3.— Un claro ejemplo de la subestimación que la mencionada actitud proyecta, sobre el desarrollo autónomo de las antiguas culturas americanas, se halla en la explicación que se da (Vol. I, pág. 257) al origen de la agricultura americana. “It is possible that the general *idea* of agriculture may have reached the New World from the Old”... [but] certainly the materials and methods of agriculture had to be independently discovered and invented in America”. En verdad, huelgan al respecto los comentarios, pues, si los materiales y los métodos de la agricultura fueron “independientemente descubiertos e inventados en América”, no puede explicarse cómo se atribuye al Viejo Mundo la exclusividad sobre la “idea de la agricultura”. Equivale a desconocer que los primeros pobladores de América fueron cazadores primarios, que por lo tanto carecían de una “idea de la agricultura”; y a embutir la visión de la génesis de la cultura dentro de una forzada unidad de origen. Pero el ejemplo nos conduce a requerir una estricta diferenciación entre el origen del hombre americano, que sin duda alguna derivó de las razas prehistóricas del Viejo Mundo, y el origen de la cultura americana, que fue una creación autóctona y debe ser explicado como la esforzada respuesta ante las incitaciones de la naturaleza y nos lleva a juzgar que se necesita un examen más profundo y objetivo, para precisar la significación de las antiguas culturas americanas en el proceso general de la formación de una cultura universal.

4.— Quizá sea procedente recordar que ya destacó Lewis Morgan la dificultad hallada para fijar los límites de los períodos étnicos: pues las “dotaciones desiguales” de los hemisferios occidental y oriental lo obligaron a identificar diferentes patrones en uno y otro; y en el tránsito del período inferior al período medio de la barbarie señaló, respectivamente, el cultivo del maíz y la domesticación de animales. Pero aún es posible establecer otras diferencias, que afianzan la peculiaridad del desarrollo aborigen americano: pues hallazgos recientes permiten afirmar que la agricultura no se inició con el maíz —hacia el cual se dirigió la atención en aquella oportunidad, por ser susceptible de atribuirle una importancia semejante a la que tuvo el trigo en el antiguo continente—, sino con el pallar (*Phaseolus lunatus*) y las habas (*Vicia faba*), en el cuarto milenio anterior a nuestra era; y que la invención de la cerámica fue precedida por la utilización de calabazas desecadas al sol. Por lo tanto: a partir del carácter autóctono de las antiguas culturas americanas, deben ser rastreadas las peculiaridades de su desarrollo autónomo, a fin de indentificar la originalidad de los conocimientos incorporados a la común empresa del hombre por efecto del “descubrimiento”. Otras hipótesis metodológicas —como la posibilidad de alguna forma de contacto con pueblos situados en las márgenes occidentales del Océano Pacífico— deben ser cautelosamente apreciadas: debido a lo elemental de los conocimientos geográficos y los medios de navegación difundidos antes de la Edad Moderna; y en atención a la inseguridad de la datación de las prestaciones culturales efectuadas en aquellos tiempos.

5. — Otro ejemplo, igualmente revelador, se halla en lo atañadero a los sistemas de escritura y la conservación de informaciones administrativas. Al respecto, se menciona los *quipus* como "genuine *aides-memoire* for arithmetical data, for calculating the days or for matters of statistical importance"; o, simplemente, como "aid to memory". Y advertimos que al definirlos como "*aides-memoire*" se subordina su valor al uso que de ellos pudo hacer quien los confeccionó, y se niega la posibilidad de que sus registros fueran permanentes. Pero las noticias históricas han mencionado circunstancias en las cuales procedieron los *quipucamayocs* a "leer" los presuntos "*aides-memoire*" para informar sobre sucesos pasados; y a base de ello se ha inferido que hubo quipus historiales; y, ya sin lugar a dudas, Carlos Radicatti ha demostrado que los quipus eran un instrumento contable, además de estadístico. En verdad, un imperio tan vasto como el incaico debió crear un sistema administrativo, en el proceso de su organización y su expansión, y los quipus fueron su base eficaz. En Cuzco hubo un depósito de ellos, que los conquistadores destruyeron para evitar la propagación de las noticias sobre la gesta de los incas, y —entre otras implicancias— Garcilaso alude a ese hecho cuando apunta que las realizaciones de aquellos soberanos fueron destruidas, antes que conocidas.

Lo mismo puede argüirse con respecto a los códices mayas y aztecas, celosamente guardados por los emperadores del Anáhuac en un repositorio, incendiado durante la conquista por el celo evangélico del primer arzobispo de México. Y a base de las pocas piezas salvadas de ese auto de fe ha llegado a interesantes constataciones, sobre la utilización de fibras vegetales en la fabricación de una especie de papel, sobre el sistema de numeración, y sobre una pictografía en trance de evolucionar hacia la escritura fonética.

6. — Según queda dicho, el nivel alcanzado por la organización administrativa de los imperios azteca e inca exigió el mantenimiento de archivos, a los cuales pudieran apelar las autoridades en demanda de informaciones. Además debió recordarse que los incas instituyeron escuelas, para la instrucción de sus funcionarios, y les otorgaban tanta preferencia que las albergaban en sus propios palacios y con frecuencia las visitaban para comprobar el adelanto de sus alumnos. Omitir su mención, en el volumen introductorio, contrasta con la clara noticia (vol. III, p. 909) alusiva a la educación dada en Cuzco a los hijos de los jefes locales, al lado de los jóvenes de la nobleza incaica, para lograr así "their own indoctrination and the good behaviour of their parents".

7. — El cuadro general de las culturas andinas (vol. III) es correcto, pero incompleto. Denota cierta inactualidad en la información, pues las fuentes bibliográficas que lo respaldan presentan una antigüedad mínima de diez años, con respecto a la aparición de la HISTORIA; y, por otra parte, denotan una explicable preferencia por trabajos de índole general, que pocas veces suelen incorporar los resultados de las investigaciones más recientes y acuciosas.

El énfasis ha sido dirigido hacia las revelaciones de la arqueología, en lo tocante a la formación de los antiguos estados y, consecuentemente, a sus estilos culturales y la influencia política asociada a su difusión. Pero se ha prescindido de algunos importantes aspectos. Por ejemplo: el carácter del estado incaico, definido en nuestros días como socialista o como totalitario, y, en tal virtud, juzgado como antecedente notorio de las orientaciones contemporáneas; pero, al margen de esa faz polémica, estimado por el planeamiento aplicado a la economía, el paternalismo predominante en la política de los soberanos frente al pueblo; y la organización enderezada hacia el control de la población, las relaciones sociales armoniosas y la previsión.

Por añadidura, se ha omitido toda referencia a los adelantos científicos de los incas, a pesar de que enriquecieron la ciencia europea del siglo XVI. Al respecto, bastaría aludir a las noticias divulgadas por Bautista Monardes acerca de las aplicaciones curativas de las plantas americanas y que, sumadas a la farmacopea árabe, renovaron en su tiempo los conocimientos médicos; pero además debe agregarse que el pueblo entero se hallaba familiarizado con las virtudes terapéuticas de las plantas, pues, no obstante haber herbolarios, en los mercados se ofrecía una variedad básica de ellas, para proveer a las demandas cotidianas de los enfermos. Es decir, que reconocieron y curaron determinadas enfermedades, e inclusive identificaron al piojo como vector de algunos males y dispusieron medidas sanitarias para eliminarlo. Los cirujanos incaicos practicaron la anestesia, mediante el uso tópico de la coca y su asociación con los efectos somníferos de otras plantas o con una profunda embriaguez. Tampoco se puede soslayar la importancia de sus observaciones astronómicas: necesarias para la ordenación de los trabajos agrícolas; inquietantemente reveladas en aquellas famosas rayas de las pampas de Nazca, estimadas como un gigantesco mapa sideral; y aplicadas en la orientación de sus construcciones. Ni se puede olvidar hoy los ensayos de genética vegetal efectuados en la época prehispánica; ni la elaboración de una técnica destinada a conservar indefinidamente la carne y algunos vegetales, pues, al procurarla mediante la deshidratación, entendemos que habían identificado el contenido acuoso como el medio propicio a la descomposición de los alimentos y se adelantaron varios siglos a la civilización occidental.

8. — Estimamos que los efectos de la conquista sobre las antiguas poblaciones de América son presentados en términos inexactos: porque se los ha ceñido a versiones que hoy deben ser sometidas a discusión y revisión. Y anotamos: 1º, la "polémica de Indias" exoneró a las poblaciones aborígenes de la esclavitud, pero no discutió el derecho que sobre ellas había adquirido la corona española por efecto de la conquista, y que constituyó el fundamento de su reducción a una servidumbre peor que la alienación, de manera que debe rechazarse el aserto según el cual "the position of the Indians was relatively improved" (Tomo IV, p. 57); 2º, el esclavo representaba una inversión que era necesario cuidar, en tanto que el indio ca-

recía de valor, y para disponer de su trabajo —en minas y haciendas, obras públicas y labores domésticas— bastaba requerir al cacique local un número proporcionado de individuos de esa casta; 3º, los matrimonios entre indios y españoles fueron expresamente prohibidos por la ley, y, en consecuencia, los mestizos fueron juzgados como frutos de ilegitimidad y bastardía, privados de acceder a las órdenes sagradas y relegados a una condición de inferioridad; 4º, aun los descendientes de españoles, los criollos, estaban sometidos a cierta *capitis diminutio*, ante sus padres y los hermanos que hubieran nacido en la península ibérica, y para obtener el reconocimiento de sus derechos viéronse compelidos a gestar la independencia política del país. Es cierto que durante la dominación española hubo cierto mestizaje; pero la legislación diferenció y separó las castas que así se formaron; y tanto en México y Guatemala, como en los países andinos, subsistió hasta nuestros días la distinción fundamental entre indios y blancos. (Cf. Tomo IV, p. 90). Como en el siglo XVI, hay actualmente sociólogos y juristas que asumen la defensa de los indios, y, alegando tanto la supervivencia de su personalidad colectiva como el carácter de su cultura, reclaman su incorporación a la vida nacional; pero también hay quienes identifican a los indios como las poblaciones marginales de la cultura occidental, y juzgan que su posible rebeldía contra el status que sufren puede entrañar alguna peligrosidad durante la crisis de transición que vive dicha sociedad.

9.— Muy escasas son las noticias sobre la cultura de la América Hispánica durante los tres siglos de dominio colonial; y, en rigor, se limitan a expresar cómo se propagan en ella las formas de la cultura europea. Pero además está decir que los datos cronológicos no bastan para demostrar que la aptitud creativa de los americanos se redujera a imitar, copiar o repetir los estilos y las ideas del Viejo Mundo: pues, así como la pintura religiosa adquirió carácter con el preciosismo de un estofado áureo, también la poesía y la mística, la historia y aun el alegato jurídico se contaminaron con las esencias y las influencias emanadas del contorno, y adquirieron intensidad y originalidad dignas de reconocimiento y encomio. Ocioso sería enumerar autores y obras. Basta recordar que en América se anticiparon los juristas a las preocupaciones del Derecho de Gentes, en cuanto defendieron la naturaleza humana de los indios, y, a base de ella, su condición de hombres libres y la justa estimación de su trabajo; que la historia superó los márgenes de la cronología, merced a su entroncamiento con la geografía y la etnología; que la mística cristiana se asoció con la mitología indígena y alcanzó a veces cierta calidad poética o ensayó una aproximación sentimental hacia su audiencia apelando a los datos de la antropología; y que, a despecho de las exigencias cortesanas, la poesía alcanzó vuelos singulares. Quizás no pueda incluirse satisfactorias menciones de estos hechos, dentro de un esquema tan sobrio como el presentado en la HISTORIA; pero, ante la virtual omisión de las aportaciones de América a la formación de una cultura universal; sospechamos que aún prevalece el prejuicio hegeliano y,

desestimando la valía de sus empresas espirituales, se acepta la idea de que en esos siglos fue un continente vacío.

10.— En lo tocante a la independencia, la síntesis incluida en la HISTORIA es correcta. Pero exige algunas apostillas. Por ejemplo: 1º, en el Perú se inició con la gran rebelión indígena acaudillada por José Gabriel Túpac Amaru (1780-1781), movimiento anticolonialista fundado en las doctrinas sobre la legitimidad de los gobiernos y que, juzgando a los españoles como usurpadores, se propuso instituir como monarca a un descendiente de los antiguos soberanos; 2º, en el continente fue inspirada por la teoría rousseauiana del “contrato social”, como se advierte en las apelaciones que en las proclamas libertarias se hace a la “voluntad de los pueblos”, y las instituciones políticas que luego enmarcaron la vida independiente denotan nítidamente la influencia doctrinaria de Aristóteles y Montesquieu, de modo que el pleno esclarecimiento de la época requiere la consideración de las corrientes ideológicas; 3º, la difusión y la adaptación de los proyectos implícitos en tales corrientes supone una larga gestación del proceso emancipador y explica el papel protagónico que en su desenvolvimiento tuvo la clase media ilustrada, así como la homogénea reacción que en toda la América Hispana provocó la crisis de la dinastía borbónica; 4º, las alegaciones de los ideólogos son muy reveladores, en cuanto se refiere a los proyectos y las realizaciones de la independencia, como se advierte en los debates sobre el régimen de gobierno (monarquistas y republicanos, unitarios y federales, conservadores y liberales), sobre la afirmación nacional y las relaciones con las potencias, y aun sobre las instituciones legales enderezadas a procurar la felicidad colectiva (por ejemplo: Manuel Lorenzo de Vidaurre propuso, en 1825, la jornada de ocho horas y la participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas a las cuales sirvieran), de modo que su colaboración con tal o cual caudillo descubre el sentido de la acción histórica; y 5º, la mención de Bernardo O’Higgins como un conductor militar, cuya acción tuvo alcances pares a la de San Martín (vol. V, II, p. 910), es poco menos que exagerada, pues únicamente participó en la independencia de Chile, y el apoyo que desde el gobierno prestó luego a la preparación de la Expedición Libertadora del Perú fue un apoyo que sólo le impuso decisiones administrativas.

11.—Exponer y analizar “la significación del siglo XIX” en América Latina, ha de ser, siempre, una tarea comprometedora: porque obliga a seguir las complejas alternativas de la economía y la política, la sociedad y el derecho, la ciencia y la técnica, las artes y las letras en un conjunto de países que, no obstante sus comunes ancestros, podrá ser fácilmente criticado: por su inevitable esquematismo, o en atención a las limitaciones que lo hacen fragmentario y parcial, o debido a las calificaciones que al margen del contexto parecen arbitrarias u oscuras. Y, sobre todo, si las observaciones reflejan los puntos de vista determinados por la sociabilidad y las perspectivas de veinte países. En tal aspecto hemos de ceñirnos, por eso, a muy ligeras apuntes; y, por añadidura, basadas en el punto de vista

peruano. A saber: 1º, con respecto a nombres equivocados o incompletos, de los cuales pueda derivarse cierta distorsión del hecho histórico, tales como "José Orbegoso" en lugar de Luis José de Orbegoso, "Salaverde" en lugar de Felipe Santiago Salaverry, "Avelino Cáveres" en lugar de Andrés A. Cáceres, o "Manuel González" en lugar de Manuel González Prada; 2º, la limitación de la literatura peruana del siglo XIX a las comedias de Manuel Ascencio Segura y las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma, amén de una genérica alusión al costumbrismo, equivocadamente adscrito a un romanticismo pasadista; 3º, la omisión de Francisco de Paula González Vigil, ideólogo liberal en cuyos opúsculos existen muchas coincidencias con el socialismo utópico, y cuyo honesto agnosticismo fue condenado por tres bulas; 4º, omisión de las fundamentales obras debidas a Antonio Raimondi (primer atlas geográfico del país y estudio del territorio, principalmente consagrado a la mineralogía) y Mariano Felipe Paz Soldán (Historia republicana); y 5º, la omisión de las innovaciones técnicas y científicas debidas a José Arnaldo Márquez ("máquina para componer tipos de imprenta", 1878, mencionada como antecesora del linotipo), Federico Blume (modelo de submarino, ensayado en 1880); Daniel Alcides Carrión ("mártir de la medicina peruana", 1885, quien se hizo inocular sangre de un verrucoso para probar el carácter transmisible de la enfermedad); y Pedro E. Paulet (quien en los umbrales del siglo ideó un avión-torpedo que ha sido reconocido como precursor de los cohetes espaciales y los jets). Son ejemplos suficientes para advertir que en la vida de América Latina se destacan anticipaciones a los progresos humanos.

12.— El desenvolvimiento del siglo exige penetración y prudencia mayores, en cuanto se refiere a la presencia de América Latina en la historia universal: pues la creciente interdependencia de todos los pueblos del mundo va dándole significación global, y, por lo tanto, va reduciendo la vigencia de los nacionalismos. A pesar de ello, es obvio que en su ámbito han sido dos acontecimientos nacionales los más relevantes de la presente centuria: la revolución mexicana iniciada en 1910, y la revolución cubana que desde 1959 mantiene su posición beligerante. Y no sólo conmovieron una y otra las bases de regímenes estagnantes, cuya conducción retenían los "científicos" o cierta laya de burocracia apoyada por una represión brutal; pues, además, sus incidencias y sus logros extendieron a todo el continente la discusión sobre sus fundamentos y sus promesas. Pero en el mismo lapso se ha empequeñecido el mundo, debido a la rapidez y la eficiencia de las comunicaciones, y a la influencia de aquellas revoluciones se ha sumado el impacto de la I Guerra Mundial, la revolución rusa de 1917, la crisis económica de 1929, el fascismo, la II Guerra Mundial, la formación del sistema socialista, la revolución científico-técnica y las crueles consecuencias de la inflación y la devaluación permanentes; de modo que en América Latina se ha acentuado la sensibilidad a los problemas contemporáneos. Si las más audaces formas de renovación se confundían con las tendencias agraristas y la defensa sentimental de las poblaciones nativas,

en las primeras décadas del siglo XX, luego se han hecho inevitables los pronunciamientos antiimperialistas, la creciente amplitud de la organización sindical, la transición del populismo al socialismo en la declamación de las agrupaciones políticas, los reclamos enderezados al directo ejercicio de la soberanía sobre las fuentes de riqueza, y ciertas manifestaciones de violencia que sólo parecen reflejar la desesperación de pequeños grupos pero pueden conducir hacia una engañosa estabilidad basada en la fuerza. Puede advertirse que la situación presenta notorias semejanzas de un país a otro; pero cada uno busca su propio camino para actuar, postergar o superar las previstas secuencias de la crisis; y, dentro de un cuadro más o menos homogéneo, en el cual se apela a los acuerdos regionales para coadyuvar a cierto grado de integración, los nacionalismos adquieren una nueva significación. Por eso es inexplicable que en la cultura latinoamericana del siglo XX se omita nombres tan representativos como los siguientes: Manuel González Prada (1848-1918), poeta que preparó el advenimiento del modernismo al ensayar metros polisilábicos y nuevas formas estróficas, con la tersura marmórea y la eufonía gratas a parnasianos y simbolistas; José Carlos Mariátegui (1894-1930), quien tal vez merezca ser reconocido como el ideólogo latinoamericano más leído (1.500,000 ejemplares de sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* han sido editados hasta la fecha, y a ellos se agrega cada año un tiraje de 50,000 ejemplares) y más traducido, pues adoptó el marxismo como método y en la práctica lo enriqueció con alcances creadores; Pablo Neruda (1904-1973), fecundo y versátil poeta, que acertó a cantar las gestas heroicas y populares del continente, la naturaleza y las pequeñas cosas de la vida; José Sabogal (1888-1956), pintor que en el Perú exaltó los temas vernáculos; Rómulo Gallegos, Miguel Angel Asturias, Alejo Carpentier, José María Arguedas, Gabriel García Márquez y aquella ilustre pléyade de novelistas que han sabido captar las esencias de la tradición y la sociedad del continente, mediante las técnicas del realismo o la ficción mágica. Y esto no es todo: porque la América Latina vive intensamente la incitación y la promesa de una aurora, y sus hombres de artes y letras se asoman a lo que vendrá.

13. — De las anteriores apuntaciones, en torno al ambicioso y sugestivo contenido de la Historia de la Humanidad, se infiere, sin lugar a dudas, que no son suficientes, ni satisfactorias, las menciones consagradas al pasado de la América Latina. Y ante la perspectiva de llevar a cabo su revisión y reedición, se plantean dos posibilidades, a saber: la corrección del texto actual, a fin de ampliar discrecionalmente cuanto se refiere a la América Latina; y la preparación de uno o más volúmenes que separadamente estudien la evolución histórica de América Latina. En verdad, ambas son igualmente aceptables y objetables. Pero quizá sea más procedente la segunda posibilidad: porque la primera ocasionaría espinosos problemas de discusión y redacción, que forzosamente afectarían a la propiedad intelectual de los autores involucrados en la obra; y, aun siendo obvio que

la segunda quebraría la visión unitaria de la HISTORIA DE LA HUMANIDAD, lo cierto es que definiría la imagen que América Latina proyecta sobre el mundo, y posteriormente podría refundirse en la historia global de la humanidad. Por añadidura, podría extenderse este tratamiento a otros continentes o conjuntos de países que sólo aparecen en la historia en cuanto los europeos han entrado en relación con ellos; y, a base de los estudios resultantes, se facilitaría la preparación de un nuevo texto de la HISTORIA DE LA HUMANIDAD.

14.— Existe un "programa" de Historia de América, preparado bajo los auspicios de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Su preparación ocupó a numerosos especialistas durante diez años, y dio motivo a varias reuniones internacionales; pero apenas condujeron aquellos trabajos a la coordinación de "outlines" referentes a los períodos indígena, colonial y nacional (1961-1962), respectivamente confiados a Pedro Armillas, Silvio Zavala y Charles C. Griffin, y, en definitiva, no llegó a concretarse una obra final. Se la concibió con el ánimo de mostrar el paralelismo o el sincronismo que se advierten en la marcha histórica de los países del Nuevo Mundo. Pero huelgan los comentarios sobre la concepción de los esquemas temáticos, y sobre las orientaciones que esbozan los coordinadores en los volúmenes citados, porque el propósito de esta mención se reduce a tener presente aquel trabajo como antecedente del que ahora podría realizarse bajo los auspicios de Unesco.

Algo nuevo caracterizaría al proyecto que parece esbozarse, pues, para seguir las líneas maestras del destino común, apelaría fundamentalmente a la sociabilidad y la cultura. Las turbulentas alternativas políticas y militares que, en mayor o menor grado, han hecho inestable el desenvolvimiento de los países latinoamericanos, serían presentadas sólo en cuadros sumarios; y de éstos se desprenderían los hitos cronológicos, indispensables para ubicar las incitaciones y las coincidencias advertidas en la evolución de las ideas y las instituciones. Pero, en general, no juzgamos oportuno anticipar un detalle de los temas que debe tratar la propuesta Historia de América Latina: pues, si bien es fácil trazar el sumario de un tratado magistral que obedezca a los límites y los conceptos enunciados, creemos que reflejaría un punto de vista personal. Sugerimos que, al adoptar la decisión de preparar una historia especializada de América Latina, se estudie la reunión de un grupo de trabajo que prepare el sumario; o bien, se solicite la contribución de investigadores que aporten proyectos temáticos, por países o grupos de países, por especialidades históricas, o por ramas del conocimiento.